

RESEÑAS BIBLIOGRÁFICAS

Mudrovcic, María Inés, (ed.). (2009), *Pasados en conflicto. Representación, mito y memoria*. Buenos Aires. Prometeo Libros, 205 pgs.

En este libro, María Inés Mudrovcic reúne una serie de escritos que reflexionan acerca de si es posible representar pasados en conflicto. En la introducción del libro, la autora sostiene que la historia rechaza un único significado posible del pasado y remarca la fuerza de los revisionismos, no sólo para con aquella disciplina, sino también para con los marcos de sentido que son condición de posibilidad para cualquier lectura histórica de un pasado. Con la noción de “pasados en conflicto” ella intenta dar cuenta de la densidad temporal de un presente en el que “1) cualquier pasado (no sólo el reciente) puede transformarse en funcional a un presente político y, por lo mismo, entrar en tensión con los intereses en pugna, 2) cualquier pasado (pero, por sobre todo, el reciente) puede anular la comprensión –en términos comparativos- de fenómenos críticos del presente apareciendo, entonces, sólo en sí mismo como conflictivo y, por último, 3) cualquier pasado puede resultar invisible para una lectura del presente y, por lo tanto, generar conflictos en nuestro juicio como ciudadanos” (págs.14-15). Todo ello con vistas a la posibilidad de construir(nos) un pasado ejemplar, es decir, del que se pueda aprender, con el que se pueda discutir y desde el que se pueda anticipar horizontes de expectativas.

Mudrovcic seguirá dos de los significados del término “representación” que dividen la obra, aunque las tres secciones de la misma proponen diferentes tópicos sobre los que reflexionar. El primero refiere a un tipo de creencia que un sujeto o grupo tiene de sí mismo o de una parte del mundo social. El segundo apunta a una cierta clase de producción, en la medida que decimos: es el historiador quien escribe historia o el pintor el que pinta un cuadro. Ambos significados son posibles luego del giro lingüístico. A partir de un “rastreo” etimológico del vocablo “representación” anterior al giro lingüístico, ella muestra que lo que se llamaba “representación” eran contenidos mentales que el lenguaje, el texto, “exponían”. Será precisamente esto lo que el giro lingüístico cambiará y, a partir de una inversión de una frase de Derrida, dirá Mudrovcic que la representación “cae en el lenguaje”.

La historiografía no tiene una relación transparente con la realidad que capta. El discurso histórico presenta su objeto a un sujeto y, en cuanto que lo presenta, lo constituye según reglas que regulan las condiciones mismas de su producción, pues en primer lugar, el acontecimiento se transforma en objeto a partir de su incorporación en el interior de la representación histórica que le da sentido, y, en segundo lugar, el historiador no es el sujeto trascendental kantiano, universal y a-histórico. Pensar históricamente es instaurar una ruptura entre el presente vivido y el pasado reconocido aun cuando se reconozca la presencia presente del pasado.

Entonces, María Inés Mudrovcic vuelve a pensar el primer significado de “representación”, que está presente en los distintos trabajos de la obra, sobre todo, en el ámbito de la historia cultural. Hay una interacción entre las representaciones sociales que nos dicen cómo es el mundo y nuestro modo de percibir las. La historia ofrecería un importante aporte en la medida en que debería esclarecernos acerca de nuestro pasado. Mudrovcic reflexiona sobre dos representaciones de la experiencia que se resisten a exponerse a representaciones alternativas que las obliguen a revisar sus presupuestos: 1)

narraciones autocomplacientes que se reproducen con implícito consenso sabiendo que el núcleo que las sostiene está falto de revisión crítica y 2) la sacralización de la memoria. En una palabra, en la introducción se apuesta a la historia como aquella que puede reivindicar para sí una parte importante en la construcción de los “puentes de sentido” que unen al presente con nuestro pasado.

Abriendo la primera sección: “¿Cómo reconstruir?, ¿qué reconstruir?, ¿para qué reconstruir?”, el escrito de Dominick LaCapra “Resistiendo al Apocalipsis y repensando la historia”, pretende, por un lado, y vía manifiesto, relacionar la historia con la teoría crítica; por el otro, resistir la tendencia apocalíptica en historiografía, aquella que cuestiona todo lo establecido y es radicalmente transgresora, excesiva. Para el autor, se trata de una intervención que debe considerar la interacción entre las fuerzas históricas y transhistóricas que afectan al historiador, fuerzas que, por un lado, cuestionan las posibilidades de la empresa histórica y, por el otro, ponen en evidencia cómo el historiador es afectado por lo traumático, fijando aquellas fuerzas límites a una historia con sentido. LaCapra define la intervención deseable, que incluye al manifiesto mismo (LaCapra comparte aquí la definición que de éste hace Theodor Adorno), como un intento ensayístico (*essai*) de hacer manifiesto y, por lo tanto, sujeto a revisión crítica, los presupuestos que subyacen a la historiografía. Se trata de un intercambio mutuamente cuestionador y auto-cuestionador entre la historia y la teoría crítica.

En este sentido, LaCapra quiere distanciarse de dos modelos de la historiografía, de los cuales tomará algunas características que estima importantes (1: modelo documental o autosuficiente y 2: constructivismo radical), criticando que ambos proponen una distancia necesaria entre sujeto y objeto. Esta distancia, dirá el autor, niega la implicación transferencial y proporciona una atención inadecuada al rol de la crítica inmanente.

El historiador requiere explorar las relaciones entre la repetición compulsiva (“*acting out*”) y la elaboración (“*working through*”) para dar cuenta de acontecimientos traumáticos. La elaboración (“*working through*”) que puede ocurrir en la narrativa es una práctica articuladora, dirá LaCapra. La transferencia, en este sentido, ocurre de cualquier manera. La comprensión histórica exige esforzarse por obtener una respuesta empática o compasiva, pero que no implique un sacrificio de habilidad analítica y crítica, ni tampoco induzca a hablar en la voz del otro o a adoptar su lugar.

José Emilio Burucúa y Nicolás Kwiatkowski, en su artículo “Masacres antiguas, masacres modernas. Discursos, imágenes, representaciones”, rechazan un enfoque extremista de la historiografía desde el giro lingüístico, para los que la historia se reduce a la narrativización y al empleo de figuras estéticas y retóricas, desestimando el principio de realidad que sostiene en sí misma a dicha disciplina. Contrariamente a LaCapra, proponen que la comprensión de un hecho límite es posible a partir de su inclusión en marcos retóricos y estéticos (los autores tomarán la expresión compuesta alemana: *Denkraum*, literalmente, espacio de pensamiento, de intelección como *tópos* específico que, a partir de condiciones adecuadas, permitiría la reflexión sobre acontecimientos de este tipo) que garantizan una distancia necesaria entre sujeto y objeto, capaz de develarnos algo contundentemente real de aquel *factum* que de otro modo se nos tornaría intolerable. El tópico de las relaciones entre hechos, verdad y relato es particularmente sensible en eventos tan radicales que ponen en cuestión aquello que nos hace humanos. La reducción de la víctima y del victimario a animales y la propia animalidad del hecho, son pruebas de ello. Las masacres (“la matanza masiva y catastrófica de seres humanos y comunidades”) son objetos historiográficos en los que

predomina dicha radicalidad de aquellas tensiones. Los autores evidenciarán que aquellos elementos que predeterminan las masacres contemporáneas ya están presentes en las antiguas y en las de la temprana edad moderna, examinando el plano historiográfico y el icónico.

En “El tiempo de la acción a propósito de las *Tesis* de Walter Benjamin”, escrito que cierra la primera sección del libro, Ariel Colombo relaciona el modo de comprensión del pasado en el arte y en la historia con aquel modo en el que se lo hace en la memoria. Colombo resaltará aquí la comprensión del tiempo de Benjamin como único y fugaz en contraste al homogéneo y vacío del progreso. El autor defiende las posibilidades presentes de acción de un agente colectivo que debe remontar el encierro temporal al que es sometido y pasar por la toma de decisiones antes de hallarse en condiciones de recordar. Su reflexión profundiza en lo que ha denominado “pragmática del tiempo”, y la relacionará directamente con la lógica interior de la acción colectiva.

Ya en la segunda sección, titulada: “La experiencia vivida: entre el mito, el olvido y la acción”, Nora Rabotnikof reflexiona en su trabajo “Mito político y memorias de la política” sobre dos modos de representación del pasado que propone Hugo Vezzetti en un artículo sobre las etapas o los regímenes de la memoria en Argentina: caracteriza como “mito político” las formas de apropiación del pasado en los años anteriores a la dictadura en Argentina. Rabotnikof profundiza en la tensión entre invención de un pasado mítico y el régimen democrático de memoria, mostrando que, básicamente, lo que puede pensarse a partir de aquella antítesis es una diferencia en la forma de relacionar pasado, presente y futuro, y un pasado anterior diferente.

Blas de Santos trabajará, en “Memorias traumáticas de pasados recientes. Políticas de la memoria: ¿transmisión o mandato?”, sobre otra noción del mito en la constitución del sujeto histórico-político. El autor supone el congelamiento del pasado, en el presente, a partir del “mandato a recordar” o la “prohibición a olvidar”. El mito como trauma, como relato unívoco, a-temporal y no-histórico, deja de lado la posibilidad de una re-semantización del mismo y lo pasado ya no puede considerarse históricamente. Esta “eternización” de la memoria soslaya la posibilidad de instauración de una red simbólica que abra la posibilidad a los sujetos de discutir el orden legal establecido en las prácticas concretas. De Santos exhorta, entonces, al olvido, que no significa amnesia, sino la posibilidad de trascender los límites que los mitos impusieron a la memoria de lo vivido y poder criticarlos. Esto permitiría devolverle al pasado su especificidad ontológica como “un otro”.

Esta segunda sección se cierra con el escrito de Rosa Belvedresi: “Memorias en pugna y el pasado reciente”. Aquí, la autora evalúa críticamente el valor que posee la memoria para reunarnos, como comunidad, con el pasado reciente. Cuestionará lo propuesto por LaCapra con respecto a la respuesta empática del historiador en relación con el testimonio de los sobrevivientes-víctimas. Para Belvedresi, la memoria debe llevar a la acción: “recordar el pasado para no repetirlo”. Aboga por la imposibilidad de equiparar el testimonio de las víctimas con el de los perpetradores.

Hugo Vezzetti abre la tercera y última sección: “Una agenda para el pasado reciente argentino”. En su trabajo “Dos cuestiones acerca de las políticas contemporáneas de la memoria en la Argentina”, reflexiona sobre dos áreas que la discusión actual abre, a partir de indagar sobre el pasado reciente y sobre diversas prácticas de memoria: 1) la propuesta de memoriales y monumentos y 2) los debates acerca de la violencia política de los 70'. Vezzetti dirige su investigación a mostrar, finalmente, la propia historicidad de la memoria.

En su trabajo “Bautismos de la experiencia. Denominación y agencia en los relatos de posguerra de Malvinas”, Verónica Tozzi profundiza en aquella primer área que planteaba Vezzetti en el debate actual, analizando una “instalación” encargada por los familiares de Malvinas. Partiendo de la evaluación de la tensión entre experiencia-testimonio-escritura, la autora hablará de “discursos sobre la experiencia”, y remarcará la función particular del testimonio en la construcción de conocimiento, cuestión que permitiría reflexionar sobre la construcción de la experiencia y de la identidad personal y colectiva. Finalmente, en relación a las experiencias y testimonios sobre Malvinas, promoverá la necesidad de escrituras alternativas rechazando, así, una versión definitiva del pasado.

El libro culmina con el trabajo de Elías Palti: “La crítica de la razón militante. Una reflexión sobre los debates actuales en torno a la violencia”. Palti, tematizando la segunda de las cuestiones planteadas por Vezzetti, analiza, desde una propuesta desafiante que presenta Blas de Santos en su libro *La fidelidad del olvido. Notas para el psicoanálisis de la subjetividad militante* (2006), la polémica que tuvo lugar a partir de la carta de Oscar del Barco luego de las declaraciones de Héctor Jouvé a *La Intemperie*. Palti piensa sobre el “carácter repulsivo” de dicha carta, en la que se expone una crítica a la razón militante y a cualquier justificación de violencia política. Finalmente, reflexiona sobre la concepción perdida, en el siglo XX, de la Revolución como concreción teleológica de la Historia.

SERGIO CLAUDIO DEVITA

Facultad de Humanidades

Universidad Nacional del Comahue

sergiodevita@gmail.com